

¿ Qué fue, intelectualmente, Fernando González ?

Escribe: ALBERTO MORENO GOMEZ

Muchas gentes admiraron en vida al escritor Fernando González. Y otras siguen devotas de su nombre después de su muerte. Para las primeras y para las segundas, el inconforme escritor antioqueño fue un filósofo que inspiraba y resumía, según ellos, las más luminosas especulaciones en el campo de las ideas. No han faltado jóvenes de la nueva ola interesados en penetrar en su obra, hacer el análisis cuidadoso de su trayectoria intelectual y tratar de persuadir a las generaciones del momento de que Fernando González significó una pauta en la cultura nacional, un punto de partida y de llegada en las graves cuestiones del espíritu y de la naturaleza. Estos últimos han utilizado inclusive el marxismo, la tríada dialéctica, las concepciones sartrianas y el complejo de Kafka para hacer su exégesis, su alboroto iconoclasta. Son jóvenes irreverentes, que presumen el dominio de la cultura, accesibles por lo general a la lisonja y a la adulación, retraídos un tanto de los cánones tradicionales pero amigos reiterados de ocupar los órganos de expresión que representan

exactamente la auténtica tradición de las letras y el pensamiento entre nosotros. Pero este es tema diferente.

Leer a Fernando González, indagar su angustia y su tragedia intelectual a través de sus libros, no es cosa difícil. *Viaje a pie, Don Mirócleles, Pensamientos de un viejo, El hermafrodita dormido, Santander*, para citar los más importantes, van señalando el duro y brumoso recorrido de este escritor solitario, que dogmatiza sobre el amor, sobre el espíritu y sobre todas las cosas amables de la vida. Y que lo hacía, además, en tono regañón, sin la serena estabilidad interior que se requiere para el enfoque desapasionado de los fenómenos e inquietudes del pensar.

En una fácil y elemental filosofía de la vida, Fernando González creía encontrar el secreto de la existencia y la clave para la formulación de conceptos anarquizados y anarquizantes. Negaba las categorías de la verdad haciendo curiosas lucubraciones a través de la teoría del conocimiento, pero

aprovechando especialmente ciertos modelos epigramáticos que construía metafóricamente, valiéndose de los desordenados estados de conciencia de escritores existencialistas que con el filósofo alemán fueron preestablecidos en *Así hablaba Zaratustra*. Quiso aparecer original al verificar un enfoque de cosas trascendentales que en su obra no llegaron jamás a tomar el vuelo requerido para verter y traducir en el orden de las ideas una concepción clara de la vida, del ser y de sus problemas. Empantanado en dudosas cuestiones de carácter metafísico, apenas logró configurar episodios subjetivos que lo hicieron divagar al margen de un auténtico sistema intelectual, presumiendo facultades creadoras que no le permitieron vertebrar una obra de proyecciones universales. Asido al iugareñismo regional de su conformación mental, fraccionaba el pensamiento entre lo real y lo subjetivo, sin que en ese escarceo de la inteligencia hubiera obtenido éxitos que lo consagraran más allá de ciertos límites impuestos por el desajuste moral de apreciaciones calificadas de insolentes. Se dijo por algunos de sus seguidores que amaba los primeros principios, mas es lo cierto que prefirió siempre la materialidad de las cosas que constituyeron su fundamental inquietud espiritual.

Insatisfecho con todo lo que le rodeaba, es imperioso decir que vivió permanentemente en la desilusión. Desdeñoso de la misma cultura que se asimila en los libros de la sabiduría, González se nutrió preferencialmente en las colinas montañosas de su tierra nativa, en los ásperos paisajes que habitó tradicionalmente, pero sin extraer de ese medio reducido la sustancia ade-

cuada para elaborar un sistema de proporciones filosóficas y estéticas. Divagó en la nada, sedimentado por la angustia de su voluntad enfermiza. Puede decirse que no se le evaluó en sus razonamientos porque estos carecían de hondura, de juiciosa observación, de nitidez en el conjunto de sus postulados, tan irreflexivos y tan saturados de pesimismo.

No se sabe con certeza si Fernando González fue un librepensador. Vacilaba sobre las escuelas filosóficas y alternaba entre el bien y el mal. Entendido esto último, desde luego, en el sentido de que daba saltos bruscos, y por eso en la mayor parte de su obra resulta unas veces preocupado por la materia y otras por el espíritu. Y llegó con cierta embriaguez intelectual a pesquisas que lo conducían irremediabilmente a preferir el lado feo de las cosas. Inconforme en variados aspectos, este escritor antioqueño vapulaba el eje de la organización estatal y sus leyes, los gobiernos que se alternan en el ejercicio del poder y las formas políticas que prevalecen entre sus compatriotas. El anatema lo utilizaba con fruición espiritual, dando así desahogo a preocupaciones internas que lo asediaron.

Cuando murió Fernando González nadie sabía en verdad qué había sido como escritor. Consagrado al cultivo de frutales en su propio terruño, quedó flotando después de su muerte el despiste de si había sido novelista, poeta, historiador, filósofo o ensayista. Anduvo, es cierto, por los predios de la literatura costumbrista, pero sin salirse de las fronteras de Envigado. Aficionado a veces al género biográfico, en *El hermafrodita dormi-*

do, en *Mi compadre*, y en *Mi Simón Bolívar*, no alcanzó las dimensiones requeridas para consagrarse ante la posteridad. Desquiciado en sus rutas intelectuales, o tal vez por las pasiones negativas que lo distinguieron, quiso roerle los talones a la figura cimera del Hombre de las Leyes. Indagó, buscó datos con cierta meticulosidad detectivesca, con objetivo intencionado, y registró en su libreta de apuntes aspectos desapacibles para atribuirselos al general Francisco de Paula Santander, haciendo un suspenso definitivo en la biografía del estadista granadino, pues la dejó inconclusa, posiblemente pesarosa de la contumelia del primero y único tomo que escribiera sobre el histórico personaje.

Cuentan algunos biógrafos de Fernando González que este se entregó, en los años anteriores a su muerte, a profundas meditaciones

de orden metafísico. Un tanto arrepentido, es seguro que en algunas reflexiones místicas hubiera encontrado el consuelo que su espíritu torturado no logró cuando esgrimía su pluma indefinida e indefinible. Queda por eso mismo la duda de la vocación intelectual de Fernando González. Sus libros no traspasaron las fronteras regionales de su medio nativo. Ni es viable compararlo con ninguno de los más eximios escritores de su tiempo. En la novela fue un frustrado, no impregnó tampoco la atmósfera de la poesía, ni como filósofo supo indagar el origen de la vida ni la raíz ontológica de las cosas que la circundan. Se quedó en el término medio de las preocupaciones intelectuales, precisamente porque quiso ir a los extremos, a los postulados de la negación y a la penetración de los opuestos en la casi totalidad de los juicios que consignó en sus libros.